

Martín de la Cruz López Moya*
María Luisa de la Garza*
Efraín Ascencio Cedillo*

A N T R O P O L O G Í A

Del tambor y el pito a las tecnobandas: el caso de Teopisca, Chiapas

Yo, antes tocaba el tambor y el pito en las fiestas patronales de aquí: de San Agustín, la Santa Cruz, San José, San Sebastián, San Isidro, la Concepción [...] Éramos cuatro los que acompañábamos las entradas de flores [...] Cuando nos reunimos en la iglesia de San Antonio, aquí en el barrio del Ramajal, para recibir ¡esos aparatos de oro!, una tuba, trombones, trompetas, no sabíamos nada, no sabíamos para qué servían, ni nadie sabía tocar nada [...] De este modo fue como empezamos, en lugar de que fuera con tambor y pito, las peregrinaciones ya después fueron acompañadas con la banda tradicional.¹

Así cuenta don Antonio Álvarez cómo inició la banda San Antonio, la primera banda de viento creada en Teopisca. Fue en julio de 1994, año de agitación política en Chiapas, cuando lo indígena se instaló como centro del debate nacional. Luego del levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, los gobiernos federal y estatal, a través del entonces Instituto Nacional Indigenista, crearon una serie de programas emergentes de “fomento” y “rescate” de la creatividad artística entre la población indígena de Chiapas, y en ese contexto comenzaron a crearse bandas y tecnobandas en todo el estado, lo que dio lugar a verdaderos cambios en las dinámicas socioeconómicas de lugares como Teopisca, en la región de los Altos de Chiapas.

Esta ponencia examina algunas transformaciones de la actividad musical en Chiapas, en particular aquella relacionada con la emergencia de bandas en Teopisca. El trabajo que ahora presentamos es resultado de la observación de una serie de ocasiones musicales y de conversaciones con músicos que han transitado de las bandas tradicionales de viento a las tecnobandas.

* Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

¹ Entrevista con Antonio Álvarez Jiménez, realizada en Teopisca, Chiapas, el 3 de julio de 2008.





La catedral de las bandas en Chiapas

Muchos músicos y locutores de estaciones radiofónicas de Chiapas se refieren a Teopisca como “la catedral de las bandas en Chiapas”. Y no se trata de una exageración si se toma en cuenta que, a pesar de ser una pequeña población de apenas 12 mil habitantes cuya actividad principal es la agricultura, cuenta con 15 agrupaciones musicales de las denominadas “tecnobandas”, la mayoría de las cuales fueron creadas en los últimos diez años. Como se verá más adelante, sólo una de estas agrupaciones conserva la dotación instrumental propia de una banda de viento al estilo del noroeste del país, es decir, sin dotación de instrumentos electrónicos.

La actividad musical se ha dinamizado tanto en este lugar, que Teopisca es actualmente una de las principales comunidades abastecedoras de música en directo para amenizar las festividades de la región, y en especial para cubrir la intensa actividad festiva de los barrios de San Cristóbal de las Casas.

El antecedente inmediato de las bandas de viento tradicionales en Teopisca es la ejecución de la flauta de carrizo acompañada con el ritmo de los tambores. Estos instrumentos de percusión y de viento —conocidos popularmente como “el tambor y el pito”— son de fabricación local. Las flautas se elaboran con trozos de caña, y por lo general cuentan con cinco orificios; los tambores, por su parte, son de varios tamaños y se hacen con troncos de árbol ahuecados y pieles de borrego. En las décadas recientes, los troncos de madera en algunas ocasiones son sustituidos por tubos de PVC, de los que se utilizan en la construcción.

El oficio de “tamborero” y “carricero” ha sido una

práctica musical muy extendida entre la población indígena de Chiapas, y el uso de estos instrumentos suele darse principalmente durante las peregrinaciones realizadas en honor del santo patrono, de acuerdo con el calendario festivo católico. También pueden escucharse estos instrumentos durante eventos cívicos y festivales organizados por promotores culturales del estado en las distintas regiones indígenas. Sin embargo, en los últimos años estos instrumentos musicales también se han constituido en símbolos de identificación de “lo chiapaneco”. Como señala Andrés Fábregas, estos instrumentos —y otros elementos “tradicionales”— se erigen como referentes identitarios, y por ello durante los partidos de la primera división del fútbol mexicano en la porra para apoyar a los *Jaguares* de Chiapas los parachicos bailan al compás del tambor y el pito.²

Algunos músicos que con tambores y flautas de carrizo solían tocar música religiosa y sonos “chiapanecos” para los danzantes y peregrinos fueron quienes, en Teopisca, primero se hicieron cargo de los instrumentos de aliento y percusión propios de una banda de viento. Algunos de los integrantes de la nueva agrupación viajaron al estado de Oaxaca, con el apoyo del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, para aprender a tocar estos instrumentos, y más tarde los cursos de iniciación musical se llevaron a cabo en la casa de la cultura local.

A pesar del giro que musicalmente habían dado, estos músicos asumieron el compromiso de continuar tocando durante las fiestas tradicionales del pueblo, y hacerlo como era costumbre: sin pago alguno, a cambio de comida y bebida que ofrecían los organizadores de las fiestas.

El semillero: la banda San Antonio

Al igual que muchas otras bandas de viento integradas por indígenas tzotziles, tzeltales y zoques de la región

² Andrés Fábregas Puig, “Chiapas: fútbol y modernidad”, en *Pueblos y Fronteras Digital*, núm. 2, 2006. Los parachicos forman parte de las comparsas de las fiestas religiosas en Chiapa de Corzo. Los caracterizan sus máscaras de madera, que simulan hombres de tez blanca y barbada.



Altos y Centro de Chiapas, en sus primeros años como banda tradicional la banda San Antonio era contratada para acompañar los recorridos de las entradas de flores en honor a los santos patronos en diversas poblaciones indígenas. Estos contratos eran por tres días, el tiempo que duraban las fiestas patronales. Así se mantuvo esta banda durante tres años, hasta que en cierta ocasión, mientras tocaban en el atrio de la iglesia de San Agustín, santo patrón de Teopisca, los músicos jóvenes se atrevieron a tocar la canción “Quen pompó”, de *Chico Ché*.³ A partir de esta experiencia fueron surgiendo tensiones entre los músicos jóvenes y los mayores, y ello marco el inicio de una transición para dejar de ser una banda tradicional y convertirse en tecno-banda. Además, de esta agrupación salieron los músicos que integrarían posteriormente casi todas las demás bandas de Teopisca, y por eso es reconocida por los músicos locales como “la madre de todas las bandas de la región”.

La primera ruptura al interior de esta agrupación se dio por divergencias entre los gustos musicales de los propios músicos, pero no únicamente. Transformarse en una banda moderna significaba para los jóvenes mayor proyección y también mayores ingresos. Veían que la banda era contratada cada vez más por los organizadores de fiestas ya no sólo para tocar en poblaciones indígenas, sino para algunas fiestas de barrio en las ciudades cercanas, y ello requería consolidar un estilo más adecuado a estos nuevos públicos que empezaban a tener.

Así, en 1999 siete de los integrantes de esta banda se separaron para fundar la banda San Agustín. Esta

³ Esta canción de Francisco José Hernández Mandujano, conocido como *Chico Ché* (Teapa, Tabasco, 1940-1989), fue un éxito en los años ochenta.

nueva banda, que recibió parte de sus instrumentos gracias al Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias, adoptó —como muchas otras de la región de los Altos de Chiapas— el nombre del santo patrón de su lugar de origen. Don Antonio Álvarez recuerda así aquella escisión:

Yo nunca pensé cambiar la banda tradicional, pero resulta que los jóvenes después decían: “No queremos tocar ya así; queremos instrumentos electrónicos, queremos bocinas, queremos micrófonos, queremos ya todo eso”, como se escuchaba de los grupos famosos [...] Se me fueron siete de un chingadazo y me dejaron con muchos compromisos. Entonces, empecé a buscar mis elementos en Ixtapa, en Acala y en Carranza, donde ya de por sí había bandas tradicionales.

Don Antonio pudo cumplir los compromisos que había contraído, pero las tensiones no acabaron. Quizá porque entre los integrantes de la banda también estaban dos hijos de don Antonio, él no pudo imponer por mucho tiempo su criterio. Poco a poco la banda fue realizando adaptaciones: fue sustituyendo los instrumentos acústicos por electrónicos, incorporó a un cantante y sumó guitarras, teclados y amplificadores de sonido. En esta nueva formación don Antonio ya no tenía un lugar, y acabó siendo excluido como músico y relegado a un papel “honorífico”.

Ahora ya no nos quieren. “Ya está usted muy viejo”, me dicen. Me siento como si me aventaran una piedra encima. La gente de mi tamaño lo tocamos sinceramente, con más cuidado, con más alegría. Nosotros somos de razón, ya no estamos pensando en el trago ni en las mujeres, sólo en nuestro trabajo. Ahora los muchachos dicen cualquier cochinidad, bailan, gritan y todo; como están tan jóvenes [...]

Para don Antonio los cambios no radican únicamente en la dotación instrumental, ya que para él la música con instrumentos electrónicos no transmite la verdad del corazón ni puede reflejar el carácter personal del músico: “Ya no es lo mismo lo natural a lo eléctrico; lo eléctrico, por bonito que lo toquen, por chingón que lo toquen, no es lo que sale del corazón.



Porque el estilo que sale del corazón es asentado, alegre, a la manera de uno [...] En la banda tradicional se toca desde el corazón, es con sinceridad y no como la grupera”.

Don Antonio tampoco comprende las nuevas formas de interpretar las piezas musicales, ya que le resulta inconcebible que no se toquen las piezas completas. Y menos aún comprende que ya no haya ese espíritu de entrega total, casi de sacrificio:

En la banda tradicional tocamos desde que empieza la canción hasta que termina y, en la grupera, no; sólo tocan partes. Entonces, ya no querían trabajar, querían ganar la paga sólo por hacer partecitas [...] Antes era mucho mejor. No como ahora que nos contratan por cinco horas y se tocan cuatro [...] En aquel entonces nos contrataban hasta por 60 horas. Ya nuestras bocas estaban bien rajadas, agarrábamos el trago, pero sólo para enjuagarnos, porque se nos entumía y nos salía sangre.

Antes de retirarse, don Antonio fue quien alentó a varios jóvenes para que fueran músicos, y éstos crearon posteriormente sus propias bandas. Por su agrupación pasaron también músicos de otros géneros que ahí aprendieron a tocar los instrumentos propios de una banda. Este papel de impulsor del género se le reconoce, aun cuando él ya casi no reconozca el género que le dio fama en su localidad.

Resonancias de Teopisca

Actualmente en Teopisca existen 15 bandas. Todas cuentan con un cantante; algunas conservan unos pocos instrumentos de viento y otras sólo tienen instrumentos electrónicos. Curiosamente, la única banda que conserva una dotación exclusiva de instrumentos acústicos es la banda San Agustín, la que surgió de la primera escisión de la banda San Antonio.

Esta riqueza musical en Teopisca ha hecho que sea el lugar que abastece en gran medida la demanda en Chiapas. Muchas de estas agrupaciones han viajado también hacia otros estados del Sureste mexicano y a ciudades de Guatemala, algunas veces llevadas por el gobierno estatal para representar a la entidad en festi-

vales culturales y, otras, contratadas por los propios organizadores de los bailes populares. Dos bandas de esta localidad —la propia banda San Agustín y Vakero’s Banda— han participado en programas de televisión con transmisión nacional, lo que les ha dado una proyección inusitada.

Al tiempo que ha crecido la demanda de la música que se oferta en Teopisca ha crecido también el número de agrupaciones musicales, cada banda busca distinguirse de las otras y proyectar un estilo que la posicionen mejor entre la población. Son diversas las estrategias que los músicos despliegan para diferenciarse, aunque sin duda el primer rasgo diferenciador es el género musical que interpretan mayormente: bien sea banda, ritmo duranguense o cumbia texana y otras tonadas más “norteñas”. También se distinguen, por supuesto, en el número de elementos que las integran, lo que repercute en el costo de su contratación: en las más grandes participan entre 14 y 18 músicos, mientras los grupos pequeños cuentan al menos con seis integrantes. Pero a medida que se van consolidando buscan tener mejores elementos técnicos —de luz y sonido, por ejemplo— y forjarse una imagen que los haga reconocibles, ya sea por particularidades de su atuendo, su forma de establecer la relación con el público o la actuación que realizan en el escenario, ya que con frecuencia los músicos realizan coreografías en conjunto o presentan demostraciones de baile.

La mayoría de estas bandas han grabado discos en estudios de Comitán o de San Cristóbal, y sus producciones se difunden en las radios locales que transmiten programas de música grupera. Algunas de las bandas cuentan con clubes de fans tanto en Teopisca como en San Cristóbal. En esta última ciudad suelen tocar durante las competencias de “quebradita y pasito duranguense” que



se organizan entre clubes de baile, y en algunos casos los músicos forman parte del jurado calificador.

La interacción con el público les sirve de retroalimentación para mantener actualizado su repertorio. Así lo explica Mario Coronel, representante del grupo Los Coroneles de la Frontera Sur, durante una entrevista realizada en julio de 2007:

Tenemos que estar al día con lo nuevo, porque la gente lo pide. Aunque nos gusta la cumbia, porque con esa música comenzamos, no nos queda más que tocar duranguense o banda [...] Tenemos que tocar lo que quiere la gente que nos está pagando [...] Estamos pendientes de la televisión, vemos programas como Bandamax donde también transmiten reportajes de los grupos. De ahí nos vamos a Internet, de ahí bajamos la letra.

El “oficio” del músico

En la última década, la actividad musical pasó a situarse como una de las principales opciones de empleo para muchos jóvenes de Teopisca, aunque no todos se dedican exclusivamente a la música. Muchos de ellos alternan esta actividad con otros oficios, como la agricultura, la sastrería, la talabartería, o bien son choferes. Algunos son maestros de música en escuelas de preescolar y primaria.

Si se toma en cuenta que existen 15 agrupaciones y algunas están conformadas hasta por 18 músicos, y si a esta cantidad de gente se le suma el personal de apoyo —ingenieros de sonido, utileros, choferes, etcétera, estaríamos hablando de cerca de 300 personas, la mayoría varones de entre 15 y 30 años— que se dedica directamente al ramo de la música. Además tendríamos que considerar la vinculación, por empleo indirecto, de otras personas, como los diseñadores y creadores de los vestuarios.

Según afirma Mario Coronel, también dirigente local del Sindicato de Filarmónicos de Chiapas: “Como aquí no hay opciones de trabajo, cada uno tiene que ver cómo hacerle para sobrevivir. Los campesinos que integraron las primeras bandas vieron que



antes ganaban entre 50 y 60 pesos al día; por eso dejaron de echar machete y de trabajar bajo el sol, para luego tocar algún instrumento, vestirse bien y estar sobre un escenario”.

Son pocos los músicos que cuentan con alguna instrucción musical formal. Sólo el director musical de Los Coroneles de la Frontera Sur se graduó como instrumentista en la universidad. Algunos pocos estudiaron música en los cursos que se imparten en la casa de cultura. El director musical de Tierra Brava, por ejemplo, aprendió a tocar la marimba durante un año en esa institución. Pero la gran mayoría de integrantes de las bandas han aprendido a tocar los instrumentos informalmente, gracias sólo al apoyo de familiares músicos y de otros amigos y compañeros del ramo. Por ejemplo, cuatro de los integrantes de Vakero’s Banda son hijos de un marimbista del ejido Nuevo León, con quien aprendieron a tocar ese instrumento. Por su parte, antes de ingresar a este tipo de agrupación musical el vocalista de dicha banda participaba en el coro de la iglesia de San Agustín.

Un ejemplo algo distinto es el caso del ejecutante de la tambora de la banda La Sureña. Tiene 15 años y aprendió solo, escuchando programas de música de banda que transmite una estación radiofónica de Huehuetenango, Guatemala. Pero en este caso, como en los anteriores, se hace evidente el gran esfuerzo que han realizado estos jóvenes para hacerse músicos.